

EL ESPEJO DE TINTA •

EVA FORTEA BÁGUENA
Teruel, 1968

Autora de dos novelas, *Despejamos la X* (Eride, 2017) y *Muñecos de hielo* (Prames, 2015), lleva cultivando desde hace años el relato, con el que ha conseguido diferentes premios nacionales. También se ha interesado por el guión cinematográfico y el teatro. Ha colaborado en medios de prensa escrita con diferentes relatos y trabajos.

Un instante



JUAN JOAQUÍN MARQUÉS GARZARÁN. (Teruel, 1950) Maestro de Primaria jubilado, aficionado al mundo de la imagen desde muy joven. Es miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense desde 2009 y ha recibido varios premios en concursos locales, comarcales y provinciales de fotografía.

Fue sólo un minuto, el minuto que me costó mirar hacia arriba para contemplar la bandada de grullas, en perfecta formación, surcando el cielo intenso de azul. Aunque tengo que reconocer que quizá me entretuve unos instantes sintiendo el viento frío en mi rostro.

Aquel año al invierno le costaba despedirse.

Cuando bajé la vista ya no estaba a mi lado, me giré en redondo sintiendo nacer la angustia en mis entrañas, pero fue en vano, él no estaba. No podía ser, no podía haber desaparecido sin más; estábamos en campo abierto, apenas había alrededor unos arbustos y algo de vegetación en las orillas de la laguna, tenía que por estar allí cerca.

De repente el día perdió toda la magia, el aire, insumiso, hizo jirones las nubes, rompiéndolas como se rompe el frágil equilibrio de la vida y ni el tibio sol de pri-

mavera consiguió dar calor a la mañana.

Avistar las grullas poco después del amanecer me pareció entonces una absurda aventura en la que yo le había embarcado ansiosa de ampliar sus miras, de proporcionarle vivencias y de que conociera y amara su tierra, pero como en el vuelco que da una bajada de montaña rusa, todo se me antojó incierto y peligroso.

Habíamos madrugado mucho, tal vez demasiado para poder verlas comer a primera hora y yo le había notado cansado y de mal humor por la falta de sueño.

Y puede ser también que, buscando emociones, nos hubiésemos acercado demasiado a la orilla; ese fango del fondo podía ser una trampa para un niño tan pequeño, porque él aún no sabía nadar, o tal vez podía haberse visto atrapado entre la vegetación, ya se sabe que siempre hay ramas muertas sumergidas que

como largos brazos ávidos, tiran de los pies de quienes se adentran en las aguas hacia la profundidad turbia y espesa.

Comencé a moverme frenética, de un lado a otro, queriendo abarcar el espacio infinito, tratando de llegar a cualquier recoveco dónde pudiera haberse metido, al fin y al cabo él nunca se alejaba, bueno..., casi nunca.

A veces se quedaba ensimismado en su mundo, ajeno a todo, quién sabe lo que pasaba por su mente entonces, cuando le oías hablar con dos o tres voces diferentes para darles vida a los personajes de sus imaginadas aventuras, y era entonces cuando, distraído, sus pasos le llevaban a cualquier parte, a ninguna parte y acababa perdido. Ya nos había pasado en más de una ocasión.

En ese momento, caí en la cuenta de que no estábamos solos, podía distinguir pequeños

grupos de personas, unos mirando el cielo y otros la superficie del agua, hasta se les distinguía colocarse la mano a modo de visera para evitar que el sol les deslumbrase. ¿Y si se lo habían llevado?, podían haberlo cogido en brazos aprovechando mi instante de descuido, él era muy menudo y se iba con cualquiera.

¿Por qué le había soltado la mano?, ¿por qué me había confiado? Ya lo dice todo el mundo, con los niños hay que estar con mil ojos...

Mi corazón desbocado bombeaba sangre sin medida, podía notarla agolparse en mi cabeza, no oía nada que no fueran aquellos penetrantes latidos que me retumbaban y me angustiaban por dentro. Mi estómago se encogió como un ovillo, formando un inextricable nudo que subía y me atenazaba la garganta; el vello de mi cuerpo se erizó y mis lágrimas cayeron sin pedir permiso.

Repetía irracionalmente su nombre, lo gritaba mientras mi mente imaginaba, irrefrenable, que no lo volvería a ver. Los demás me miraron correr frenética de un lado a otro, ante la imposibilidad de rodear toda la laguna.

Las aves, asustadas, levantaron el vuelo.

Y cuando creía morir, cuando respirar era ya imposible para mí, su cabeza repleta de rizos apareció, sin saber cómo, entre unos matorrales no muy lejanos.

-Mira mami, un pollito, ¿nos lo podemos quedar?- alargaba sus manos hacia mi mostrándome un desvalido, prematuro e inesperado polluelo.

Y el sol calentó con más fuerza, el agua brilló más clara, el viento cesó y otra bandada de grullas abandonó los dormideros, recortando majestuosas sus siluetas contra el cielo.

Sin duda, aquel año también llegaría el verano.